

Tragedias

POR FERNANDO LÓPEZ PERALTA

Con las seis de la tarde; el cielo, teñido de naranja y rosa luce maravilloso sobre los grandes y brillantes edificios que ahora existen en la ciudad. Conduce de regreso a su hogar, su refugio; allí lo esperan Carlos y Braulio, sus dos hijos, para hacer las tareas de matemáticas; lo espera Adriana, su joven y gentil esposa, para contarle que en menos de un año la familia será más grande. También lo esperan las mascotas, Hugo y Roca, dos pequeños chihuahuas que tan pronto sienten que estaciona el auto, corren meneando rápidamente la cola. Quiere llegar pronto, todos los días siente la misma ansiedad al terminar la jornada.

Presiente que algo no está bien; los autos avanzan lento, más lento que de costumbre en esos primeros días del trajín navideño, empieza a sentir que el espacio dentro del suyo se reduce; se le acaba el aire, se asfixia y no sabe qué hacer. Algo como esto no le había sucedido nunca, le cuesta mucho trabajo calmarse y continuar conduciendo, muy despacio como parte de la inmensa hilera de autos que saturan los cuatro paños de la gran avenida. El tiempo sigue pasando, son casi las siete y no ha recorrido más que una cuadra.

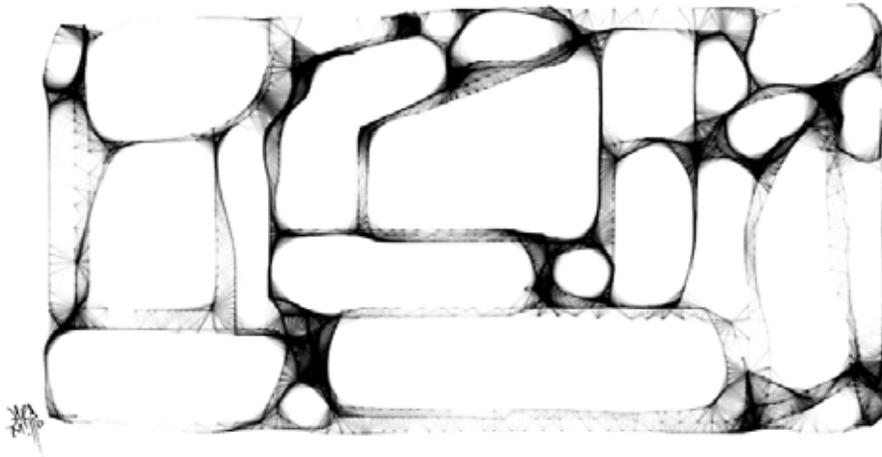
Algo ha sucedido, no sabe de qué se trata y no puede remediarlo, tiene que esperar sentado tras el volante de su automóvil; suelta el nudo de su corbata celeste -la que le regalaron en la oficina para su cumpleaños-, enciende la radio en una emisora cualquiera e intenta relajarse mientras

marca sobre el timón el ritmo de una vieja canción. La gente va saliendo de alguna parte, no sabía que tanta gente viviera a orillas de esa vía por la que tan a menudo transitaba; hombres, mujeres y niños, todos caminan apresurados por la estrecha acera, se adelantan a su auto y los pierde de vista, en la misma curva en la que se pierden los autos que van más avanzados. Estira el cuello queriendo ver más pero es imposible. Otros conductores, fastidiados por el embotellamiento vehicular, apagan sus motores y se salen del vehículo; delante de él hay un pequeño grupo de choferes de taxi, con las camisas desabotonadas y una delgada toalla de colores puesta por detrás de su cuello.

El irreverente locutor que no ha dejado de hablar desde que encendió la radio, dice que ya son las siete y media. A esta hora debería estar en casa, abriendo la puerta con cuidado para que Hugo y Roca no salgan a la calle. Hugo es todo chocolate; Roca es crema con una mancha café en su oreja izquierda, otra en su pancita siempre llena y una más cerca de donde inicia su inquieta cola.

—Poco más y nace dalmata -dijo una vez su hijo mayor. Cada vez que veía al pequeño perro recordaba el comentario y sonreía. Atrapado en el tráfico, tenía tiempo para recordar hasta las manchas del perro.

—¡Dios mío, por favor, no más, quiero llegar a mi casa!



Algunos permanecían encerrados en la cabina refrigerada, otros conversaban con los pasajeros de al lado; él miraba a todas partes y no lograba comprender cómo era que todos parecían tan acostumbrados a la situación, como si no quisieran regresar a sus hogares.

Está seguro de estar próximo al lugar en donde sucedió lo que sea que ha provocado el descomunal tranque. Toda la gente intenta acercarse lo más posible a un epicentro fatal. Las luces de la patrulla de la policía y el color brillante de la cinta que dice no pase le provocan escalofrío. Definitivamente, algo malo ha sucedido. Pudo ser un tiroteo entre pandilleros, quizás fue un asalto, tal vez se trató de una pelea bajo los efectos del alcohol, incluso un ajusticiamiento... Tras postular tragedia por tragedia, bochornosos eventos a los que ya nos hemos acostumbrado indolentemente, ve el cadáver de una mujer embarazada que fue arrollada por un autobús.

Vestía una ancha camisa de muchos colores, pantalón blanco y sandalias negras; tenía el cabello negro y largo, recogido en una cola de caballo igual que hace Adriana cuando siente mucho calor. A su lado, varios paquetes de los almacenes que están promocionando las primeras ofertas de la temporada de fin de año y un bolso negro.

Lento, pero sin detenerse, continúa avanzando. Ahora se siente como parte de una película que avanza en cámara lenta. Se acerca hasta que puede ver el dulce rostro de la joven muerta, tiene los ojos abiertos, juraría que llora. Todos los testigos y curiosos tienen algo que decir y señalan hacia todas partes, pero él no puede entender ni una sola palabra, todo lo que escucha es el eco de un

coro sin sentido. El conductor del auto que le sigue en la larga fila del congestionado tráfico empieza a sonar su bocina para que acelere de una buena vez. Él, ajusta el vidrio retrovisor y contempla por última vez la escena: Tres fotógrafos buscan el mejor ángulo del pálido rostro de la mujer.

—Pobrecita ¿Habrás sufrido mucho? Tal vez no sintió nada, un solo golpe puede sacarte la vida del cuerpo -reflexiona.

Otros reporteros y camarógrafos rodean al oficial de tránsito y al conductor del autobús, quien muestra una patética sonrisa; no se sabe si producto de los nervios o por efecto de aquel extraño cigarro que armó antes de hacer el viaje de la hora pico. Por el carril contrario se abre paso con dificultad el vehículo del departamento de medicina forense que viene a recoger el cadáver, después de cuatro horas de morbosa exposición.

Una anciana llora sin conocer a la infortunada y alguien más pregunta de todo: que si ya localizaron al viudo, pero ella no estaba casada; alguien sabe dónde vivía, quién conoce a su familia. Alejado del bullicio, un perro lame la sangre que escurre por la carretera.

Tomado de *Sieteporocho, colectivo de 56 cuentos panameños*, 9 Signos Grupo Editorial, Panamá, 2011.

FERNANDO LÓPEZ PERALTA. Panamá, octubre de 1980. Ha tomado talleres de narración oral con Carlos Fong y talleres de cuento con Enrique Jaramillo Levi. El *Paraíso de los Sueños* (2007) es el título de su primera colección de cuentos. Sus reseñas literarias y artículos de opinión han sido publicados por diversos diarios nacionales y sitios en internet. Es miembro de la Red Nacional de Narradores de Historias.